

EDUARD MÁRQUEZ

LA ELOCUENCIA
DEL FRANCOOTIRADOR

TRADUCCIÓN DEL CATALÁN DE
CRISTIAN CRUSAT

f

2023
FIRMAMENTO

A la memoria de Jaume Vallcorba

*El hombre está hecho de tal manera que
se deja persuadir por lo más inverosímil*

J. W. GOETHE

MISTIFICACIÓN

Cuando Grette Bürnsten me dijo su nombre, no reaccioné. De hecho, mientras la seguía por el pasillo, fui incapaz de entender por qué había dejado que me apartase de la puerta con un gesto tan seguro. Casi prepotente. Como si creyera que la había estado esperando. Pero, tras escucharla un rato, su historia emergió igual que una cefalea. Incisiva. Resplandeciente. Inevitable. Y una mezcla de miedo y desconcierto enturbió el aire de la habitación. Porque Grette Bürnsten no existía. No, al menos, hasta que inventé su biografía mientras redactaba entradas para un diccionario enciclopédico (una manera como cualquier otra de compensar el aburrimiento característico de los trabajos editoriales con los que tenía que ganarme la vida). Entonces no pensé en ella en términos físicos (pese a que me habría gustado ilustrar el artículo con una fotografía anónima de una contorsionista cualquiera), y de repente me sorprendía su cuerpo deshilachado, del que me atrajeron, desde el primer momento, los ojos, verdes como un acantilado de musgo, y la voz, de una tesitura similar a la del atardecer. «Me has condenado a la más triste de las existencias: la que depende del azar de los otros. Porque nunca nadie buscará mi nombre». Su mirada

me envolvió con un silencio sin fisuras. No vi la pistola. Y lo último que recuerdo es un escozor insoporable entre la tercera y la cuarta costilla.

VOYEURISMO

1

Desde que lo ha leído en una novela, le atrae la idea de hacerse vigilar por un detective. No sabe qué esperar. Pero está convencida de que contar con un inventario semanal de su rutina tiene que ser útil para algo. Como si la topografía de su existencia, plasmada con la objetividad de un extraño, pudiera ayudarla a sentirse mejor. A encontrar una clave de bóveda bajo el hollín. Elige al azar una agencia y da por teléfono los datos necesarios para empezar. Pero los primeros informes, puntuales cada viernes en la estafeta de correos, la decepcionan. No es capaz de descubrir la lógica oculta de los hechos insustanciales que se le detallan con la minuciosidad de un memorialista. Una sucesión de momentos sujetos a la mecánica del tedio. Inertes como un sedimento de escombros. Sin ninguna señal de alto voltaje. Ninguna utilidad. Las fotografías, tampoco. Nada que no pueda decirle el espejo. Fragmentos mal encuadrados de una monotonía apelmazada. Siempre vestida igual. Entrando o saliendo de los mismos sitios. Sola.

2

El detective, aunque está acostumbrado, no tarda en aburrirse. Los informes se parecen tanto que podría enviar el de una semana por el de otra. Para distraerse durante los largos ratos de espera, toma notas con la intención de introducir algunos cambios. Pese a que ignora qué quiere leer la mujer del encargo, la conoce lo suficiente para rehacerle la rutina. Con la coherencia necesaria para no correr ningún riesgo.

3

La mujer percibe la alteración de pequeños detalles. Al principio sin apenas peso específico. Como si se tratase de un simple tanteo. Un cálculo de fuerzas, una toma de posiciones. Una prenda de ropa, el menú de una comida, un trayecto en metro, la hora de una cita, una charla con alguien a quien no conoce. Pero, poco a poco, se amplía el alcance de los cambios. Hasta que tramos enteros de su vida empiezan a ceder bajo el efecto de una distorsión placentera. Le gusta disponer de una existencia que transcurre sin necesidad de su implicación. Un desmantelamiento de encrucijadas. Un flujo de hechos desvinculados de la retórica del miedo y de la pesadumbre. Sin consecuencias. Habilitados para servir de tregua. Para arrinconar el abismo. Ansiosa por intensificar la eficacia de los informes, acorta el intervalo de espera. Se le hace demasiado largo el espacio que separa los viernes.

El detective ya no sale de casa. Desde que la mujer quiere un informe diario, escribe con el televisor y la radio encendidos y aprovecha anotaciones de casos anteriores, episodios de telenovelas, argumentos de películas, reportajes y entrevistas. Estrategias para mentir. Pero, a medida que avanza, pierde el control de lo que explica. Le cuesta mantener la cohesión. Cada elemento nuevo comporta giros imprevisibles. Las prisas lo traicionan. Y, al repasar lo que ha escrito hasta entonces, detecta errores que no sabe cómo enmendar sin delatarse. Pero no parece que la mujer los note. Eso lo tranquiliza. Hasta que, dos meses más tarde, lo llama para imponer nuevas condiciones. Exige el informe por teléfono y en directo. Noche y día. El detective, arrepentido de haberla dejado llegar tan lejos, se siente atrapado dentro de una esclusa abandonada. Con las horas reblandecidas como una caja de cartón bajo la lluvia. El sudor del auricular en la oreja. El brazo entumecido. La desidia extendiéndose como una emanación de láudano. A menudo, cuando no sabe cómo llenar la oscuridad de la línea telefónica, repite informes enteros de meses anteriores o, perturbado por el agotamiento o la duermevela, masculla palabras inconexas, hitos de un trazado próximo al colapso.

Nunca se ha sentido tan indefensa. El tiempo vivido pendiente del teléfono la ha recluso dentro de una nebulosa. Y el último informe la deja más sola que nunca. «La mujer sujeta a vigilancia se ha suicidado. No he podido hacer nada para impedirlo. Lo siento». Sin ningún matiz especial. Quizá solo un tono de alivio. Casi imperceptible. Cuando cuelga el teléfono, con los ojos empañados por la desolación, la mujer, frente a la ventana abierta, observa una neblina mate. Con la sensación de saberse muy cerca de un epílogo que no leerá nadie.